

Entre *physis* y *nomos*: el surgimiento de la idea de democracia en Atenas clásica

Between Physis And Nomos: The Emergence Of The Idea Of Democracy In Ancient Athens

PRETT RENTERÍA TINOCO*

RESUMEN

En este artículo se realiza una breve exposición de los antecedentes históricos y mitológicos que precedieron al ideal democrático en Atenas del siglo v a.C., a partir de las investigaciones de dos especialistas del pensamiento político griego, lo que nos permite abordar el problema que representa para la historia de las ideas el rastrear el surgimiento y enlace entre monarquía/aristocracia/democracia con dos conceptos propios del campo de la ontología: alteridad y autoctonía. En el primer apartado, según el registro historiográfico, se explican los antecedentes de la democracia ateniense a la luz de los conceptos ya mencionados y según la visión de ambas autoras. Posteriormente, se sigue la transformación del concepto de areté, nodal en el establecimiento de una nueva matriz de elementos discursivos que nos permite esclarecer la problemática propuesta por Francisco Rodríguez Adrados entre naturaleza y ley común (*physis* y *nomos*); esto con la intención de contrastar las perspectivas de historiadores y filósofos de la antigüedad para comprender integralmente bajo qué premisas surge la idea de democracia, según la revisión de la evolución del concepto areté, entre lo dado por la naturaleza y lo transformado en ley común por el hombre en el periodo clásico de la filosofía helénica.

Palabras clave: democracia, filosofía, historia conceptual, ontología, filosofía política

ABSTRACT

* Estudiante de la Licenciatura en Filosofía e Historia de las Ideas, Colegio de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional Autónoma de la Ciudad de México, México.
Correo electrónico: ocelozin876@gmail.com

This article makes a brief exposition of the historical and mythological antecedents that preceded the democratic ideal in Athens of the 5th century B.C, from the research of two specialists in greek political thought, which allows us to address the problem it represents for the history of Ideas to trace the emergence and link between monarchy/aristocracy/democracy with two concepts typical of the field of ontology: alterity and autochthony. In the first section, the background, according to the historiographic record, of athenian democracy is explained in light of the concepts already mentioned and according to the vision of both authors. Subsequently, in the second section, the transformation of the concept of areté is crucial for the establishment of a new matrix of discursive elements that allows us to clarify the problems proposed by Francisco Rodríguez Adrados between nature and common law (*physis* and *nomos*). This with the intention of contrasting the perspectives of historians and philosophers to fully understand under which premises the idea of democracy arises, according to the revision of the evolution of the areté concept, between what is given by nature and what is transformed into common law by man in the classical period of hellenic philosophy.

Keywords: democracy, philosophy, conceptual history, ontology, political thought

Recibido 06 de Mayo – Aceptado 06 de Julio de 2020

Introducción

Considerada según la tradición de la teoría política como una de las grandes heredades de la Grecia antigua, la democracia ha sido el estandarte de la libertad y la igualdad para occidente después de las grandes revoluciones que liberaron a las colonias de los imperios británico y francés en la segunda mitad del siglo XVIII.¹ Gran cantidad de tratadistas, teóricos y politólogos, han hecho uso de la palabra “democracia” para referir al sistema político donde el grueso de la población tiene decisión y voto en los comicios de los órganos centrales de gobierno. Es bien sabido que la eti-

¹ En el caso de Haití, Latinoamérica, y algunas islas del Caribe no fue sino hasta la primera mitad del siglo XIX que se gestaron los movimientos de independencia, véase C.L.R., James, *Los jacobinos negros* (Madrid: Turner, 2003).

mología de dicha palabra se traduce comúnmente como “poder del pueblo” debido a los vocablos *demos* y *krátos*, que significan, respectivamente, pueblo y poder. No obstante, en décadas recientes, se ha puesto en duda si la democracia realmente surgió como un modelo político donde gobernaron “los más”, es decir, el denominado pueblo y no determinadas clases superiores o acomodadas. ¿Es Atenas la cuna de la democracia como la conocemos hoy día? Y, de ser así, ¿cómo surgió y se consolidó este novedoso sistema libertario en una cultura como la griega, con una vasta mitología llena de dioses, héroes y nobles?

Para responder a estas preguntas es necesario establecer de principio una metodología de análisis que permita al lector asimilar la evolución de los conceptos *areté* (virtud, excelencia, según la tradición filológica establecida por Werner Jaeger), *physys* (naturaleza) y *nómos* (ley común). No obstante, la intención de este texto es aproximativa, por lo cual se propone la exposición evolutiva de dichos conceptos a partir del trabajo de investigación interdisciplinaria realizado por especialistas en filosofía y ontología griegas, ocasionalmente comentado por autores secundarios desde el campo filológico.

Así pues, se espera que el repaso de una historia conceptual permita integrar elementos en apariencia alejados entre sí por la división de las disciplinas, no con la intención de demeritar el trabajo especializado y particular de cada disciplina, sino simplemente de ofrecer un panorama general que permita al lector identificar las características propias del concepto de *areté* a través de la evolución del mismo en el periodo histórico previamente mencionado.

Autoctonía y alteridad en la Grecia arcaica

La mitología de la antigua Grecia representa, en muchos sentidos, el punto de partida para una larga tradición de historiadores, filólogos y filósofos que analizan los orígenes del pensamiento occidental, no por mera curiosidad intelectual o por una ociosa erudición, sino con la intención de explicitar el origen y la evolución de conceptos propios de sus respectivos campos de estudio. Lo que, a su vez, los dirige a los distintos trabajos realizados por sus antecesores y primeros helenistas alemanes, como Werner Jaeger o Erwin Rhode, sólo por mencionar a dos de los más conocidos. Por ejemplo, uno podría preguntarse por qué algunos recurren a los viejos poemas épicos de Homero o de Hesíodo para explicar nociones casi exclusivas del campo de la ética. Pues bien, la respuesta es simple, según nos indica la historia misma de la filosofía:² la literatura que antecede a los grandes sistemas de la filosofía griega fue “caldo de cultivo” de la misma, es decir, antes del *lógos* existió el *mythos*.³ Algunos especialistas de la teoría crítica como Theodor Adorno y Max Horkheimer, opinaron lo contrario cuando afirmaron, durante el siglo pasado, que en el mito existe ya algo parecido a una razón ilustrada que guía al hombre a través de las penumbras de la barbarie, específicamente en el caso de Odiseo y sus peripecias.⁴ Sin embargo, es importante mencionar que, en la actualidad, existe bibliografía numerosa y varios referentes teóricos desde los cuales se puede abordar el estudio de la antigua Grecia como totalidad segmentada por las disciplinas académicas contemporáneas. Pero lo que aquí nos importa es el desenvolvimiento en el tiempo de los conceptos planteados en la introducción, por lo cual, se vuelve necesario el delimitar nuestro marco teórico a las investigaciones sobre filosofía política y ontología del periodo previo a la edad clásica.

² Véase Frederick Copleston, *Historia de la filosofía vol. 1: Grecia y Roma* (Barcelona: Ariel, 1994).

³ Tradición establecida por helenistas y filólogos alemanes durante el siglo XIX. Y, después, criticada por pensadores franceses desde la perspectiva antropológica a mediados del siglo siguiente.

⁴ Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica de la ilustración* (Madrid: Trotta, 2018), pp. 55-94.

sica (siglo V a.C.), lo que, a su vez, nos transporta de vuelta a la mitología. Bien, según Leticia Flores Farfá, gran parte del contenido de la épica previa al siglo VI a.C. es religioso y tradicionalista, y, por lo tanto, sería contradictorio ver en él (a menos de que sea metafóricamente) un proceder racional/ilustrado por parte de sus personajes centrales, lo cual nos libera de seguir lo propuesto desde la crítica del mito de la Escuela de Fráncfort y nos deja el camino abierto para iniciar la explicación.

Hacer un recorrido histórico por la mitología griega rebasa por mucho el propósito expositivo de este artículo, por lo cual, me centro en dos conceptos propuestos por Flores Farfán y Zenia Yébenes Escardó, inherentes a los fundamentos míticos de la identidad helena: la alteridad y la autoctonía. Ambos conceptos, según las teorías de estas investigadoras, son útiles para reflexionar sobre cómo los antiguos griegos forjaron una noción de naturaleza en común a partir de sus similitudes culturales como helenos. Esto, implicó una jerarquización vertical de sus sociedades de acuerdo con la estirpe noble que legitimaba la supremacía de las primeras aristocracias del periodo arcaico, por lo que se vuelve apremiante el abordar el tema de la identidad cultural.

Según Yébenes Escardó, al hablar de identidad cultural es imposible no referir, simultáneamente, a una identidad que también es política. El rastreo de la identidad helena debe realizarse a partir de sus mitos y sus leyendas heroicas, ya que “es en esta unión donde se engarza el pasado y presente de la ciudad. No hay ciudad que no tenga su mitología y no se esfuerce en velar por ella”.⁵ Por ejemplo, la transmisión oral de las hazañas del rey Agamenón en la conquista de Troya es uno de los grandes mitos

⁵ Zenia Yébenes Escardó, “De alteridad y autoctonía: un recorrido por algunos mitos de fundación de Atenas clásica” en *Teoría e historia de las religiones vol. II.*, coordinadores: María del Carmen Valverde Valdés y Mauricio Ruiz Velasco (México, D.F.: Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 2010), p. 243.

fundacionales del periodo micénico (cerca de los siglos XVI-XIV a.C.),⁶ el cual fue transmitido oralmente por generaciones y reinterpretado por los escritores de tragedias más adelante. La narración de estas leyendas brindaba conocimientos no sólo históricos (los mitos fueron considerados como historia hasta la aparición de Heródoto)⁷ sino también geográficos y políticos sobre territorios allende el Egeo. Lo que en este análisis nos importa es precisamente la gran carga política de conceptos intercalados en dichos mitos; por ejemplo, el hecho de que la *Ilíada* de Homero sea una bella forma escrita en verso de legitimar el apoderamiento y la conquista de un territorio propicio para el flujo mercantil, como lo fue el Helesponto en su momento, tal como relata Isaac Asimov en su *Historia Universal* sobre los griegos. Así pues, en este ejemplo se trataría de la areté que sólo la estirpe dorica posee, y que legitima tales apoderamientos de territorio, vistos entonces como reclamo de lo que es por naturaleza propio de los hombres más excelsos (en la perspectiva de Homero, los helenos). Los héroes, además de realizar proezas de carácter bélico, se apropiaban de espacios considerados como sagrados, como es el caso de Teseo (hijo del rey Egeo de Atenas) en la valiente lucha que liberó a la isla de Creta del Minotauro.⁸ Este suceso de origen mitológico marca un corte en la periodización de la historiografía griega, que distingue entre la caída de Creta y el ascenso de Micenas como potencia marítima. Se trata, entonces, de una metáfora literaria que explica un hecho histórico según la interpretación alegórica. Es importante no olvidar que dichos héroes eran considerados por los griegos como antepasados directos de sus gobernantes, al menos hasta la irrupción de las tiranías en el periodo arcaico: “sería después de la caída del poderío del mundo micénico cuando los dirigentes de la nueva forma de

⁶ Isaac Asimov, *Historia universal: los griegos* (Madrid: Alianza Editorial, 1983), pp. 7-18.

⁷ Josefina Zoraida Vázquez, *Historia de la historiografía* (México D.F.: Ediciones Ateneo, 1978), pp. 17-27.

⁸ Leonard Cottrell, *El toro de Minos* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2014).

sociedad tratarán de justificar su soberanía a través de la incorporación de su familia y estirpe en árboles genealógicos donde se encontraban héroes legendarios e, incluso, dioses”.⁹ He aquí la importancia de observar la función social implícita en el concepto de areté como elemento distintivo y propio por naturaleza (*physis*) del hombre heleno durante el periodo arcaico.

Por lo tanto, de acuerdo con el análisis de Flores Farfán, la cuestión de la autoctonía, transmitida todavía de forma oral, determinaba quiénes eran las familias aptas para gobernar ciertos territorios. Simultáneamente, delimitaba una escala de valores morales a partir del concepto de areté (virtud o excelencia, según la definición de Werner Jaeger en *Paideia*), tales como la valentía, el honor y la buena fama entre los ciudadanos respetables de la polis; la constitución de un *ethos* que ensalza la lucha por la victoria entre iguales en la búsqueda del reconocimiento social es algo característico de la Grecia arcaica y de su moral agonal, donde no existe todavía la noción de individuo moral y autónomo escindido de la comunidad.

De esta manera “El reconocimiento de iguales entre iguales, es la fuerza eminente de una areté que nada sabe de la interiorización de la conciencia, y que se juega por entero en el exponerse ante y con los otros”.¹⁰ Lo anterior, genera como consecuencia el que la carencia de una conciencia interiorizada, es decir, el identificarse como sujeto o individuo moral libre de sus responsabilidades con la polis, sea muy importante al estudiar el conjunto de valores que constituyen un *ethos* colectivo tan lejano todavía de los ideales democráticos que enaltecen la individualidad en el terreno de lo político. Es por eso que debemos comprender muy bien por qué la democracia significó para los griegos un cambio sustancial que abarcó no sólo lo

⁹ Yébenes, “De alteridad y autoctonía”, p. 244.

¹⁰ Leticia Flores Farfán, *En el espejo de tus pupilas: ensayos sobre la alteridad en Grecia antigua* (México D.F.: Editarte, 2011), p. 18.

meramente legislativo, sino que también trastocó el campo de lo ontológico; en otras palabras, el de la comprensión que el ciudadano griego tenía de su ser en lo individual y en lo colectivo.¹¹ Este sistema de valores es reconocido por Francisco Rodríguez Adrados como característico de una “moral agonal”: una moral que implica la necesidad del combate continuo y de la aceptación e integración por parte de la comunidad. Tal como nos comenta el especialista, en la *Ilíada* aparece el más claro ejemplo del héroe combativo que busca la virtud eterna que trasciende el límite de los vivos y los muertos a través del recuerdo de sus proezas por las generaciones sucesivas. El caso de Aquiles es paradigmático, puesto que prefiere la muerte y la fama antes que la vida y la deshonra en el olvido, lo cual es explicativo de la teoría de Rodríguez Adrados en el terreno de la filosofía política.

¿A qué se debe esta imperiosa necesidad de ser aceptado por el otro como un miembro digno y honorable en las sociedades de la Grecia arcaica? Primeramente, al regresar con Yébenes Escardó, está la cuestión de la autoctonía y, por el otro lado, la otredad. Ambas nociones giran alrededor de un modelo específico de areté, es decir, de virtud. Ésta, es un concepto nodal para comprender lo que determinada sociedad considera como lo excelso, lo bueno, lo positivo y, en algunos casos, lo bello; en otras palabras, lo deseable por parte de dicha sociedad para cada uno de los individuos que la componen, y, por lo tanto, material de análisis para la ontología y la filosofía política por igual. No obstante, debemos recordar que los griegos del periodo arcaico carecían de la noción de individuo autárquico, y, por ende, el ser/hacer de cada persona estaba íntimamente ligado al ser/hacer colectivo de la polis. Inclusive el mismo nombre de “griegos” no era algo que los identificara entre sí y mucho menos ante los extranjeros:

¹¹ Francisco Rodríguez Adrados, *La democracia ateniense* (Madrid: Alianza Universidad, 1988), pp. 36-46.

Los griegos no conformaron una comunidad homogénea desde un inicio, como se puede atestiguar por la ausencia de la denominación ‘helenos’ en el relato de las batallas de argivos, dánaos, y aqueos relatadas por Homero. No fue sino hasta la narración del diluvio universal que el apelativo ‘helenos’ posibilitó la identificación grupal de diversas ciudades.¹²

Entonces, la autoctonía del griego estaba determinada no por un nombre que los identificase como ciudadanos, sino por un modelo de areté en común, a saber, la areté agonal proveniente de la tradición oral de los mitos. Es importante observar la gran carga política que representa este concepto, pero resulta todavía más esclarecedor para el propósito general del artículo el comprender la función identitaria del mismo en el contexto de una teoría política primitiva sustentada, todavía, por metáforas literarias. Así, la virtud era algo hereditario, que pasaba de generación en generación por medio de los linajes de la aristocracia griega. El comportamiento óptimo de los varones herederos (las mujeres nunca fueron consideradas como sujetos políticos) se encontraba determinado por una *physis*, o naturaleza, de modelos de conducta de antepasados divinos o semi-divinos.¹³ En este sentido, el comportamiento y las acciones de los ciudadanos notables sólo podían ser evaluados en contraste con un concepto de virtud muy estrecho, al que, por obvias razones, sólo pertenecían aquellos que provenían de las familias gobernantes de la aristocracia durante periodo arcaico.

En consecuencia, la administración de la Hélade era establecida por los dioses del Olimpo, por una *physis* para gobernar innata y ancestral que dejaba en los márgenes y el anonimato a la mayor parte de la población

¹² Yébenes, “De alteridad y autoctonía”, p. 252.

¹³ Rodríguez, *La democracia ateniense...*, p. 36-46

ajena a las familias de la aristocracia. Por consiguiente, de esa “naturaleza” exclusiva se derivó un modelo de areté al que sólo unos pocos podían acceder gracias a su buena cuna, lo que jamás se ponía en cuestión (no al menos si los matrimonios y alianzas entre las familias de la aristocracia eran legítimos) por parte de la población, ya que se trataba de un mandato divino y, por ende, superior a cualquier intento humano de ponerlo en entredicho (a eso se refiere Rodríguez Adrados cuando utiliza el término “pre-racional”).¹⁴

En suma, y siguiendo las investigaciones de estos tres especialistas, durante el periodo arcaico de Grecia los otros representan un elemento necesario al tratar derivar una categoría ontológica que reconozca a los miembros de la comunidad a través de un modelo común de areté. De igual modo, dicha categoría involucra una concepción de alma (*psyché*) que es todavía “una realidad nebulosa, vehículo de identidad pero no identidad misma, que se entiende como un soplo de vida que sale llorando del cuerpo guerrero para convertirse en sombra de sombras”.¹⁵ No será sino hasta el siglo IV a.C., con Platón y la tradición órfico-pitagórica, que se establezca un dualismo de cuerpo y alma definido (importante mencionarlo ya que es precisamente con Platón con quien se interioriza la conciencia, y por tanto, se reconoce un individuo). Los antecedentes de las teorías del filósofo ateniense acerca de la *psyché* como alma individual pueden rastrearse en el siglo que le antecedió, con algunos filósofos que él peyorativamente denominó como “sofistas”, ya que no reconocía en ellos la búsqueda por el

¹⁴ Las nociones racional/pre-racional son vistas por Francisco Rodríguez Adrados como categorías inherentes a un proceso evolutivo en la mentalidad griega, que van del periodo arcaico a lo que él denomina como primera y segunda ilustración, durante los siglos V y IV a.C., respectivamente.

¹⁵ Flores, *En el espejo de tus pupilas: ensayos sobre la alteridad en Grecia antigua*, p. 19.

universalismo sobre la verdad, característica inherente a la labor filosófica, según lo establece en su diálogo Protágoras.¹⁶

Hasta aquí se expusieron los antecedentes historiográficos elementales de la democracia en Atenas como sustento del análisis conceptual de dos problemas planteados por Flores Farfán y Yébenes Escardó, la autoctonía y la alteridad, y se relacionaron con el concepto de *physis*, visto como un determinismo ontológico de origen divino y pre-racional fácilmente localizable en el estudio filológico de Rodríguez Adrados sobre la literatura épica del siglo VIII a.C. Lo cual delimita y brinda un suelo fijo en cuanto al orden expositivo del siguiente apartado, donde se verá con más detalle cómo estos antecedentes inciden en la constitución de la idea de democracia a través del *nómos*, o ley común, al explicar la evolución conceptual de la virtud o areté en el periodo clásico de la filosofía helénica.

Areté como ejercicio político de virtud en Atenas clásica

Es momento de explicar, a través de la revisión historiográfica de la filosofía, de qué manera surge la inquietud por establecer una suerte de contrato político entre los hombres de la Grecia clásica, específicamente de Atenas, ya que es, por entonces, la polis más poderosa del mundo heleno. Dicha revisión apunta a considerar la transición de la aristocracia a la democracia con sus respectivos matices, los cuales se señalan más adelante. El rastreo evolutivo del concepto de areté, iniciado en el apartado anterior, resulta igualmente útil en conjunto con el análisis de otros dos conceptos: *physis* y *nómos*, entendidos en el contexto del siglo V, tal como se mencionó.

Para los historiadores de la filosofía, y de la antigua Grecia, la democracia inicia con el derrocamiento del tirano Pisístrato, y prosigue con el ase-

¹⁶ Véase Copleston, *Historia de la filosofía vol. I: Grecia y Roma*.

sinato de uno de sus hijos, Hiparco, a manos de los atenienses Harmodio y Aristogitón. Estos sucesos de finales del siglo VI a.C.¹⁷ han sido considerados como los orígenes, al menos en términos estrictamente historiográficos, de la democracia ateniense, aunque Aristóteles señala que ya desde Solón se pueden ubicar antecedentes del régimen democrático:

Del gobierno de Solón parece que estas tres cosas son las más democráticas: lo primero y principal, el prohibir los préstamos con la fianza de la propia persona; después, que el que quisiera pudiese reclamar por lo que hubiera sido perjudicado; y, en tercer lugar, con lo que dicen que el pueblo consiguió mayor fuerza, la apelación al tribunal, pues al ser el pueblo dueño del voto, se hace dueño del gobierno.¹⁸

Ahora, según el historiador Luciano Canfora, esto resulta equívoco si realizamos algo de escrutinio en los textos no considerados como históricos dado su carácter panegírico-literario, como bien expone en su análisis de la Oración fúnebre de Pericles, escrita por Tucídides en 431 a.C. Y también expone las siguientes preguntas: ¿la reforma constitucional de Clístenes realmente fue un cambio radical que puso fin al poder ilimitado de las aristocracias/tiranías dominantes para cederlo al pueblo llano? De ser así, ¿qué sucede con los restos de religiosidad y tradición del ciudadano ateniense al adaptarse a este nuevo sistema político surgido a la luz de la razón discursiva? Como vimos, dichas cuestiones giran alrededor de una concepción muy particular del hombre enfrentado a la “naturaleza”, entendida como divinidad, y a partir de donde se elabora un sistema vertical de valores morales y a priori, es decir, de origen metafísico, que establece el orden y el comportamiento de los hombres en el mundo según un mode-

¹⁷ Asimov, *Historia universal: los griegos*, pp. 61-73.

¹⁸ Aristóteles, *Constitución de los atenienses/ Económicos*, pp. 1, 2-9.

lo de areté que es encomiado por los aristócratas por medio de las hazañas y de la épica recitada por los aedos en todas las regiones civilizadas de la Grecia arcaica. Pero, ahora, las nuevas corrientes de pensamiento, particularmente la sofística, se adueñan del “discurso” y lo transforman en una herramienta útil al servicio de la política, que ya por entonces considera la igualdad (en cuanto a la naturaleza) de los hombres como criterio deliberativo para elegir a los nuevos gobernantes.¹⁹

Los sistemas de creencias subyacen a todo cambio o suceso histórico de importancia, ya que como afirma Ortega y Gasset: “el creer no es ya una operación del mecanismo ‘intelectual’, sino que es una función del viviente como tal, la función de orientar su conducta, su quehacer,” y, por lo tanto, se trata un elemento vital y pre-discursivo.²⁰ Lo cual está en concordancia con lo sucedido durante la transición de un sistema político aristocrático sustentado en la tradición religiosa, como vimos, hacia otro con bases argumentativas, lógicas y racionales (democracia). Para poder esclarecer y orientar la reflexión sobre este problema es importante ordenar la exposición del mismo. Ahora remito a la investigación de Francisco Rodríguez Adrados acerca de la evolución los conceptos *physis/nomos* durante la primera mitad del siglo V a.C. reflejada en las tragedias de Esquilo, de manera que podamos proseguir con lo planteado en la introducción.

Al finalizar las Guerras Médicas (durante la primera mitad del siglo V a.C.) Atenas intentó afianzar su poderío por medio de una confederación de aliados que brindasen no sólo apoyo de marina e infantería, sino también pecuniario. Al mismo tiempo, Atenas dio a cambio su protección a estas pequeñas ciudades e islas del Egeo siempre y cuando el pago no se

¹⁹ Véase Copleston, *Historia de la filosofía vol. I: Grecia y Roma*.

²⁰ José Ortega y Gasset, *Historia como sistema* (Madrid: Revista de Occidente, 1970), p. 5.

viese interrumpido.²¹ Recordemos que Atenas fue la mayor beneficiada con el fin de este conflicto, ya que su nombre resonó por todos los rincones de la Hélade a través del recuento de estas hazañas por parte del historiador Heródoto, como también de la celebración de las Panateneas, festividad organizada por los arcontes de la ciudad. Las Panateneas comprendían la representación de ditirambos y tragedias dirigidas al público en general, ya que éstas eran consideradas como un ritual, pero también cumplían la función de propaganda política que ensalzaba la labor de la diosa Atenas, protectora de la urbe, como defensora de la claridad y del juicio racional, por lo cual, la tragedia, como género literario, resulta de gran valor al momento de exponer la historia conceptual entre *physis* y *nomos*.²² Como apuntan algunos mitógrafos, gran parte del contenido de estas representaciones teatrales (tragedias) era extraído de los mitos ya conocidos por gran parte de la población, pero la novedad consistía en que la representación y la acción de los personajes era diferente según cada escritor. Aquí revisaremos brevemente la exposición de Rodríguez Adrados sobre el primero de los tres grandes trágicos: Esquilo.

Uno de los rasgos de este periodo de transición entre el gobierno aristocrático y el democrático, es que los privilegios, como el contemplar tragedias y asistir a los grandes festivales religiosos, ya no pertenecían de manera exclusiva a un limitado grupo de personas. El extender las festividades, el gozo, y demás actividades recreativas a la población popular fue un logro, según relata Rodríguez Adrados, de la democracia. De ahí la importancia que tiene el estudiar las tragedias de Esquilo, ya que habían dejado de ser algo meramente ritual para convertirse en un instrumento pedagógico.

²¹ Domingo Plácido, *Economía y sociedad. Polis y Basileia. Los fundamentos de la reflexión historiográfica de Jenofonte* (Sevilla: Habis, 1989), pp. 135-154.

²² Véase Ruth Scodel, *La tragedia griega. Una introducción* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2014).

gico y, por lo tanto, político para las masas no sólo de Atenas, sino del resto de los demos pertenecientes a la Confederación marítima. Gran parte de los temas bellamente plasmados por Esquilo en sus tragedias provienen, como se mencionó, de la épica:

La tragedia no procederá de manera diferente: se trata de un mito líricamente comentado del que se deducirán lecciones para el presente y para siempre. Pero el comentario e interpretación, como queda dicho, incluyen elementos de un ideal “popular”, no heroico.²³

Una de sus trilogías dramáticas más conocidas es la Orestíada, donde el hijo del rey Agamenón, Orestes, comete matricidio como venganza después de que su padre es asesinado por su madre. Recordemos que, según nos dice la mitografía, los personajes de las tragedias son héroes o dioses. Sin embargo, el proceder (o acciones) de los mismos no es el que se esperaría propiamente de un dios o de un héroe, de ahí la originalidad de las tragedias y, en especial, de Esquilo: “[...] la tragedia se sirve, pues, de la mitología, generalmente ya configurada por los relatos de la épica [...] No olvidemos que se dirige al público de la democrática Atenas y es un género de enorme impacto popular”.²⁴ Por lo tanto, el determinismo divino es puesto en cuestión por Orestes al momento de tomar decisiones cruciales, al confiar de manera “excesiva” (*hybris*) en sí mismo y enfrentarse al designio de los dioses. Para Rodríguez Adrados, este héroe trágico representa ya un modelo de humanidad distinto al de la épica tradicional, al poner su fe no en un poder o naturaleza superiores, sino en su capacidad de juicio: he ahí el elemento ético relacionado con el proceder democrático y racional que surge y se transmite por medio de las tragedias. “Lo nuevo en Esquilo

²³ Rodríguez, *La democracia ateniense*, p. 134.

²⁴ Carlos García Gual, *La venganza de Alcmeón: un mito olvidado* (México: Fondo de Cultura Económica, 2014), p. 60.

es el lograr un acuerdo entre factores tan dispares y, además, un acuerdo concretamente en el campo de la acción política.”²⁵ Sin embargo, estos rasgos del pensamiento político de los nuevos tiempos, que bien pueden ser entendidos como democráticos, no lo son del todo, ya que permanecen ciertos elementos pre-rationales en los mismos: la moral agonal, que se explicó en el apartado anterior, sigue presente en la personalidad de Orestes. Es arriesgado el intentar esclarecer por medio del lenguaje mitológico conceptos tan precisos como lo son *physis* y *nomos* para la filosofía griega. Empero, si recurrimos a la interpretación alegórica, podemos entender que la literatura trágica es fundacional para el pensamiento político occidental, sólo que los conceptos se encuentran todavía atados a la necesidad de la expresión metafórica de la poesía. Por lo que es importante revisar, aunque sea superficialmente, a los autores de tragedias.

De acuerdo a lo expuesto anteriormente, podemos inferir que esta nueva concepción de la naturaleza humana tiene una incidencia directa y sustancial en la evolución conceptual de *physis* y de *nómos*, ya que al considerar el campo discursivo-racional de la noción de *physis* como distinto al del pensamiento pre-lógico sobre lo sagrado, se puede realizar un acuerdo en común o ley (*nomos*) que sustente y legitime la organización política de la polis. Rodríguez Adrados sostiene que la democracia ateniense tomará gran parte de la filosofía de los sofistas, en la cual se encuentra ya una concepción de la *physis* humana muy diferente a la de épocas previas:

[...] nos encontramos con una innovación radical no tanto en la definición del ideal democrático como en su formulación. Hay ahora un vasto sector de pensamiento que cree

²⁵ Rodríguez, *La democracia ateniense*, p. 130.

poder prescindir del fundamento divino del orden social y político y basarlo simplemente en la naturaleza humana.²⁶

Por tanto, cree firmemente que la democracia es la aplicación práctica de la sofística, ya que una vez que se sostiene el relativismo moral, es imposible confiar en hombres de *physis* o naturaleza distinta y superior, como sucedía en el sistema de la aristocracia primitiva. Se vuelve entonces apremiante el llegar a un acuerdo común para reglamentar la vida y las acciones de todos los hombres que participan de una misma naturaleza. No menos importante fue la labor de los historiadores Heródoto y Tucídides en este desarrollo de los hechos, ya que, si bien en el primero existen varios elementos tradicionalistas provenientes de la vieja aristocracia, en el segundo encontramos toda una exaltación del personaje de Pericles, no como héroe combativo y agonal, sino como tratadista, orador y ciudadano preocupado por brindar a toda Atenas paz y prosperidad, elementos de un nuevo modelo de areté forjado por el hombre mismo. Dicho concepto baja de la abstracción metafórica observada en el periodo arcaico a la práctica política en Atenas, polis que representa el plano de realización para la democracia, entendida por Rodríguez Adrados como aplicación, en cuanto sistema político, de la sofística.

Por otro lado, Luciano Canfora opina que la democracia ni siquiera proviene de la misma Grecia, sino de Persia, y asevera que “Herodoto defiende con toda claridad que antes que Clístenes la democracia política había sido inventada en Persia por uno de los dignatarios persas implicados en la conjura que había derribado al usurpador, el falso Esmerdis”.²⁷ ¿Qué importancia tiene esto en contraste con la exposición previa? Pues bien, el hacer patentes los matices sobre lo que entendemos actualmente por de-

²⁶ Rodríguez, *La democracia ateniense*, 160.

²⁷ Luciano Canfora, *La democracia: historia de una ideología* (Barcelona: Crítica Editorial, 2004), p. 20.

mocracia²⁸, y la concepción antigua de esta misma palabra, sin recurrir a un análisis filológico o histórico del uso del término, sino desde la discusión sobre la evolución conceptual de areté, *physis* y *nomos*, como su relación con la democracia, entendida por Rodríguez Adrados como “práctica” de la sofística, y, por Canfora, como un reordenamiento administrativo ejecutado, en última instancia, por las mismas clases gobernantes del periodo arcaico (aristócratas). Así pues, para el primero, resulta crucial el exponer la figura pública de Pericles como gran orador, dado el ambiente sofístico que “se respira” en Atenas a mediados del siglo V. Pericles representa para Rodríguez Adrados, el ideal del hombre racional y sereno de la edad clásica, enfrentado al primitivo héroe combativo y temerario del periodo arcaico.

Según cuenta Tucídides, Pericles lamentó profundamente la muerte de gran parte del ejército ateniense en una de las últimas batallas en el Peloponeso, ya que sus intenciones no eran las de conquistar más territorio, sino simplemente hacer una defensiva de los ataques por parte de Esparta. El aprecio por la vida, irremplazable para Pericles, denota, nuevamente, una concepción de la *physis* humana muy distinta a la de sus antecesores estrategas, entre los que destacan Temístocles y Milciades, más interesados en la administración de la guerra.²⁹ Su carácter anti-bélico proviene de una filosofía que considera lo práctico y conveniente por encima de cualquier valor universal, como el honor, la gloria y la deshonra lo fueron para la moral agonal durante el periodo anterior: “En realidad, hay que decir que la sofística es la expresión teórica de la democracia ateniense o la democracia ateniense la aplicación práctica de la sofística”.³⁰ Pero, para Canfora, la democracia ateniense poseía raíces aristocráticas e imperialistas,

²⁸ Es decir, como un sistema político donde existe la isonomía.

²⁹ Véase Asimov, *Historia Universal: los griegos*.

³⁰ Rodríguez, *La democracia ateniense*, p. 263.

históricamente hablando, de las que no podía librarse fácilmente, y lo demuestra al arrojar datos sobre la población ciudadana que estaba compuesta por la vieja aristocracia, quienes poseían los bienes materiales para hacer la guerra, y una pequeña sección de ciudadanos menores que se habían inmiscuido a las decisiones públicas en el ágora a través de sus actividades como comerciantes.³¹ De lo que se deduce, como se explicó atrás, que la supuesta extensión de libertad e igualdad de privilegios para el pueblo fue más un reordenamiento social que un reparto equitativo del poder político, al menos en el periodo intermedio del siglo V a.C.

Tal vez nunca se logrará llegar hasta el fondo en la maraña jefes-pueblo, líder-masas. Se trata, pues, de una “circularidad” en la que reside la esencia misma del quehacer político. Lo importante es destacar aquí que la democracia no determina en Atenas un “gobierno popular”, sino una dirección del “régimen popular” por parte de ese sector no desdeñable de “ricos” y de “señores” que aceptan el sistema.³²

¿De dónde provenían estos “señores ricos”? Pues bien, de acuerdo con Canfora, de las alianzas marítimas de Atenas. Dichas alianzas no eran del todo justas, ya que la condición económica del resto de los demos que pactaron con Atenas era por mucho inferior, y, por ende, se vieron orillados a pactar con ella y a adoptar su sistema político –democrático– en condiciones desiguales. Incluso, durante el siglo IV a.C., Aristóteles menciona en Constitución de los atenienses que el poder económico y político de los arcontes seguía vigente como lo había estado desde los tiempos de Solón: “La elección de los arcontes se hacía en razón de su categoría social y de sus riquezas, de los cuales eran escogidos los Areopagitas. Por eso, es ésta la

³¹ Canfora, *La democracia: historia de una ideología*, pp. 15-31.

³² Canfora, *La democracia: historia de una ideología*, p. 39.

única de las magistraturas que se mantiene vitalicia aún ahora”.³³ Entonces, la extensión igualitaria de la ciudadanía que Rodríguez Adrados ve durante el periodo de Pericles resulta una conveniencia económica muy poco equitativa, donde los no propietarios eran considerados inferiores a los ciudadanos comerciantes de la liga marítima, según afirma Canfora.³⁴

En conclusión, y a partir de esta confrontación interpretativa de ambos autores sobre el sistema democrático de Atenas, se deduce que no basta un examen estrictamente filológico o histórico para arrojar luz sobre la evolución conceptual de la idea de democracia, puesto que, como se expuso, existen diferencias insalvables entre lo que uno y otro autor considera como un sistema político surgido en Atenas durante la edad clásica, y cuyos antecedentes pueden ser rastreados en la literatura mitológica del periodo primitivo del pensamiento griego. Así, resulta necesario complementar la revisión historiográfica de sus investigaciones con testigos directos, como se hizo con Aristóteles, o a través de comentaristas formados en disciplinas distintas, mas no opuestas, como en el caso de Rodríguez Adrados (filólogo) y Canfora (historiador). La evolución conceptual de la areté, entendida ahora como ejercicio político más que como modelo metafísico y regulativo de la conducta, resulta evidente, desde la explicación de los conceptos de *physis* y *nomos* a partir de lo expuesto en este apartado.

Conclusiones

La democracia, vista desde Latinoamérica, ha sido estudiada desde casi todas las disciplinas, es decir, no hay rama de las llamadas “humanidades” que no haya explorado lo que dicho concepto tiene para decir en el presente. Vista como teoría general de un gobierno cuyo fundamento prís-

³³ Aristóteles, *Constitución de los atenienses/Económicos*, pp. 3, 6, 5-9.

³⁴ Canfora, *La democracia: historia de una ideología*, p. 39.

tino es la igualdad entre todos sus ciudadanos, ha llamado la atención de filósofos, sociólogos, historiadores, entre otros, quienes han intentado, cada uno desde su particular metodología, ampliar con sus aportes el debate contemporáneo sobre los orígenes un concepto capital para la teoría política de nuestras sociedades. La intención de este artículo no es tratar de sintetizar los datos o la información obtenida por la investigación interdisciplinaria, simplemente el ordenar y exponer el origen de una idea.

No obstante, al hablar de origen no se refiere al lector a una recopilación de datos y fechas, sino que se opta por presentar y explicar las teorizaciones de especialistas en la antigua Grecia según la evolución conceptual de tres conceptos, los cuales se presentan como un trinomio: areté/physis/nomos. Dichos conceptos fueron útiles al momento de evaluar los cambios de paradigma en cuanto a la virtud, lo excelso, en relación con la naturaleza (entendida como totalidad) y la ley común, legacia del hombre ateniense para la posteridad. La historia conceptual trazada por medio de los conceptos ya mencionados no pretende explicar el presente ni dar cuenta de un pasado directo de un término tan revisitado como lo es el de democracia, sino que espera ser un ejercicio expositivo que brinde al lector los elementos básicos necesarios de disciplinas afines que coadyuven a sus investigaciones. Este artículo es entonces una invitación abierta para continuar con las reflexiones sobre conceptos propios del campo de la ontología en relación con la política, aplicada a distintos contextos históricos, lo que resulta conveniente para generar un mapa mental sobre los procesos filosóficos y políticos de los cuales surge la idea de democracia en occidente.

Referencias

- Aristóteles. Constitución de los atenienses/Económicos, trad. Manuela García Valdés. Madrid: Gredos, 1984.
- Asimov, I. Historia universal Asimov: los griegos. Madrid: Alianza Editorial, 1983.
- Canfora, L. La democracia: historia de una ideología. Barcelona: Crítica Editorial, 2004.
- Copleston, F. Historia de la filosofía vol. I: Grecia y Roma, trad. Juan Manuel García de la Mora y Juan Carlos García Borrón. Barcelona: Ariel, 1994.
- Cottrell, L., El toro de Minos, trad. Margarita Villegas de Robles. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Flores Farfán, L. En el espejo de tus pupilas: ensayos sobre la alteridad en Grecia antigua. México: Editarte, 2011.
- Gambra, R. Historia sencilla de la filosofía. Madrid: Rialp Ediciones, 1995.
- García Gual C. La venganza de Alcmeón: un mito olvidado. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Horkheimer M. y Adorno T. Dialéctica de la ilustración, trad. Juan José Sánchez. Madrid: Trotta, 2018.
- James, C. L. R. Los jacobinos negros, trad. Ramón García. México D.F.: Turner, 2003.
- Ortega y Gasset, J. Historia como sistema. Madrid: Revista de Occidente, 1970.
- Plácido, D. Economía y sociedad. Polis y Basilea. Los fundamentos de la reflexión historiográfica de Jenofonte. Sevilla: Habis, 1989.
- Rodríguez Adrados, F. La democracia ateniense. Madrid: Alianza Editorial, 1988.
- Scodel, R. La tragedia griega: una introducción, trad. Emma Julieta Barreiro. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2014.

Yébenes Z. “De la alteridad y autoctonía: un recorrido por algunos mitos de fundación de Atenas clásica” en Teoría e historia de las religiones vol. II, coord., por María del Carmen Valverde Valdés y Mauricio Ruiz Velasco. México D.F.: Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 2010.

Zoraida Vázquez, J. Historia de la historiografía. México: Ediciones Ateneo, 1978.